

Simone PÉTREMENT, *Le Dieu séparé. Les origenes du gnosticisme*, Paris, Cerf («Patrimoines», 1), 1984, 698 pp., 14,5 x 23,5.

Hasta los comienzos del siglo XX, el movimiento religioso y filosófico que se desarrolla durante los primeros siglos de nuestra era y que conocemos con el nombre de gnosticismo, era conocido únicamente por la lucha que los Padres de la Iglesia mantuvieron contra él. Se habían conservado diversos fragmentos en los que se refutaba este sistema; sin embargo, no se habían encontrado los escritos gnósticos propiamente dichos. Esta situación ha cambiado en los últimos años con nuevos descubrimientos. Las principales etapas de esos hallazgos pueden dividirse en las siguientes: en primer lugar, la publicación, a partir de 1904, de algunos escritos maniqueos; aquí se podrían citar los trabajos de R. Reitzenstein (*Poimandres*, Leipzig 1904), o de W. Bousset, (*Hauptprobleme der Gnosis*, Göttingen 1907). Un segundo periodo lo constituyen las traducciones de los escritos mandeístas, publicados por M. Lidzbarski (*Ginzâ*, Gottingen 1925). Otra época está formada por las publicaciones de los escritos maniqueos, descubierta durante 1930 en el Fayonn (Egipto). Finalmente, las cincuenta obras gnósticas descubiertas hacia 1945 en Nag Hammadi, alto Egipto, y acabadas de publicar en edición facsimil en 1977, constituyen en el periodo actual en el que se encuentra la investigación sobre el gnosticismo.

El origen y naturaleza de este movimiento religioso-filosófico constituye hoy en día uno de los problemas más oscuros, complejos y difíciles en la historia del pensamiento. De hecho son muchos y minuciosos los trabajos, junto con discusiones innumerables entre los científicos, que se han dedicado a desentrañar sus verdaderas raíces. Con una envidiable capacidad de síntesis, la Autora del libro que presentamos resume las corrientes científicas que han tratado de sacar alguna luz sobre el origen del gnosticismo. El problema de los orígenes puede concretarse en esta pregunta ¿El gnósticismo es precristiano o no? La respuesta que los distintos investigadores han ofrecido se parece a un mosaico de múltiples piezas y no menos colores. Desde la hipótesis de R. Reitzenstein, que afirma que el gnosticismo es una especie de «misterio iraní de salvación», y que ha sido refutada por H. Jonas, quien se inclina por el origen judío del gnosticismo, hasta quienes consideran superada cualquier hipótesis sobre el origen cristiano del gnosticismo, existe una pléyade de matizaciones. Pero, en definitiva, todas esas hipótesis tienen como un denominador común: el gnosticismo se enraíza en tiempos precedentes al cristianismo.

Simone Pétrement dice que «cette quasi-unanimité impressionne certes, mais elle ne convainc pas nécessairement ceux qui demandent des raisons pour être convaincus» (p. 13). En efecto, no se ve con absoluta nitidez que las afirmaciones sobre la imposibilidad del origen cristiano del gnosticismo vayan acompañadas de razones claras, sólidas y decisivas. Y ese es el planteamiento de la Autora de *L'Dieu séparé*. En la presentación del libro —reproducción de un artículo

suyo publicado en «Revue de métaphysique et de Morale» [85 (1980) 145-177], de la que es habitual colaboradora— señala la dificultad de datar con certeza ninguno de los textos gnósticos, ya que la investigación sigue trabajando en este punto. Pero hay más, dice la Autora; existen una serie de interrogantes en el gnosticismo que no tienen solución acertada si se prescinde del cristianismo. Así, por ejemplo, ¿por qué se atribuye la creación a un Demiurgo inferior al verdadero Dios? (p. 24). ¿De dónde sale la figura de un Salvador? (p. 27). ¿Por qué el gnosticismo aparece probablemente en la misma época que el cristianismo, o mejor todavía —y es lo más probable—, un poco después de la aparición del cristianismo? (p. 30). Y ¿por qué los Padres de la Iglesia consideran al gnosticismo como una herejía cristiana? (p. 30). Finalmente, se pregunta Simone Pétrement, ¿por qué aparece primero el gnosticismo cristiano y no el pagano, el judío o el iraní? (p. 33).

La introducción del libro acaba refutando las razones expuestas por los diversos autores que estiman que no puede sostenerse el origen cristiano del gnosticismo. A decir verdad, nos parecen más sólidos los argumentos de la antigua profesora de Filosofía y Letras y directora de la Biblioteca Nacional de París, que aquellas otras razones expuestas en opinión contraria.

Las dos partes en que está dividido el volumen tienen, aunque desde perspectivas bien diferentes, como objetivo demostrar el origen cristiano de este movimiento religioso-filosófico que se desarrolló durante los primeros siglos del cristianismo. En la primera de esas partes, la Autora trata de responder a dos interrogantes: ¿Se pueden comprender, a partir del cristianismo, los principales «mitos» gnósticos? ¿Y las principales características de las doctrinas gnósticas? Para responder a la primera de las preguntas se analizan los «mitos» gnósticos del Demiurgo, los siete ángeles creadores, la Madre (nombre que los gnósticos dan al Espíritu Santo) y el Dios-Hombre; cada uno de ellos comprende un capítulo. La Autora dedica otros seis capítulos, referidos a la salvación mediante el conocimiento, el Revelador gnóstico, el docetismo, la escatología, el dualismo, y la libertad en el gnosticismo, para dar respuesta al segundo interrogante.

La descripción que hace Simone Pétrement de los «mitos» gnósticos y el análisis de sus doctrinas no sólo permiten al lector del libro reconstruir la formación y el desarrollo del gnosticismo, según sus múltiples corrientes de pensamiento, según sus autores y según sus textos; sino que le dan igualmente una inmensa perspectiva de la ingente producción investigadora de los últimos años al respecto. Sin duda, la síntesis magistral de Simone Pétrement es obra de muchos años de investigación bien aprovechados.

Las respuestas a los interrogantes planteados son expuestas (pp. 299-301) en forma de conclusiones: No es verdad que no se pueda explicar el gnosticismo a partir de la religión cristiana. Las epístolas paulinas y los escritos johánicos son un claro ejemplo de escritos utilizados por los gnósticos. La idea de la gracia, fundamental en el pen-

samiento gnóstico, parece tener sus raíces en una errónea interpretación del pensamiento teológico de San Pablo y de San Juan. Las figuras simbólicas, mediante las que expresan los gnósticos su teología, se encuentran también en el cristianismo. Es verdad, finalmente, que muchos elementos gnósticos provienen del judaísmo o del helenismo, pero han podido ser recibidos a través del cristianismo, así, por ejemplo, el mismo término «gnosis». De igual manera que los Padres de la Iglesia —dirá la profesora Pétrement— sufrieron el influjo de otras filosofías anteriores a la cristiana; así sucedió igualmente con el gnosticismo.

La segunda parte del libro desarrolla las hipótesis de Simone Pétrement sobre los orígenes del gnosticismo. El título que encabeza estas páginas es manifiesto al respecto: *Comment pourrait s'être formé le Gnosticisme*. Basándose en los textos mismos, la Autora no sólo explica, aunque de manera muy sumaria, la doctrina de los distintos escritos gnósticos, que han servido a otros autores para fundamentar sus hipótesis sobre el origen no-cristiano del gnosticismo; sino que con un detenido examen de estos mismos escritos refuta aquellas hipótesis y fundamenta las suyas propias acerca del origen cristiano del movimiento filosófico-religioso llamado gnosticismo.

La conclusión a la que llega la antigua profesora Pétrement es clara: el gnosticismo se va diseñando poco a poco, mediante una serie de etapas, que tienen su raíz en ciertas tendencias doctrinales constatables en el Nuevo Testamento; el gnosticismo propiamente dicho aparece de forma primaria a comienzos del siglo II de nuestra Era. Según la Autora, se puede señalar toda una Revolución, sin ruptura alguna, del gnosticismo partiendo de determinadas especulaciones, que nada tienen que ver con la ortodoxia cristiana, pero han surgido del cristianismo. En efecto, todo el trabajo de Simone Pétrement consiste en mostrar que existe una cierta continuidad entre determinados aspectos doctrinales neotestamentarios y la heterodoxia de autores, sin duda alguna, gnósticos como: Basíledes, Valentín y otros.

Algunos de los supuestos que la Autora examina en estas páginas son los siguientes: no se ve la necesidad de suponer un gnosticismo precristiano, del que no poseemos ningún texto, y del que ni siquiera el Nuevo Testamento nos transmite un indicio suficientemente claro. Tampoco aparece manifiestamente que Simón Mago haya sido gnóstico, ni antes ni después de su conversión (pp. 325-342). Igualmente aparece oscuro que la «herejía» descrita en las cartas paulinas a los Corintios no pueda explicarse mediante la estancia en Corinto de Apolo, quien enseñaba mediante concepciones judías y helénicas, pues dicho personaje provenía de Efeso y era oriundo de Alejandria; ciertamente la enseñanza de Apolo diferiría de la de Pablo, pero no hasta el extremo de ser una herejía (pp. 343-371). También parece que algunos pasajes del cuarto evangelio, sin ser gnósticos ni admitir un gnosticismo anterior, podrían suponer, por decirlo de alguna manera, un paso adelante hacia la meta del gnosticismo (pp. 379-408). Si es verdad que Cerinto existió, y si la doctrina sobre la creación que le atribuye San Ireneo fué sostenida realmente por aquel personaje problemático,

podría ser el primer gnóstico propiamente dicho que conocemos; pero tanto la persona como la doctrina que se le atribuyen son lo suficientemente vagas como para no poder sacar ninguna conclusión con visos ciertos de autenticidad (pp. 409-430). Tampoco Menandro es un gnóstico en el sentido estricto de la palabra, pues, en contra de lo que afirma Ireneo, tampoco él enseñó la creación del mundo por medio de los ángeles, aunque sí enseñara, al igual que hizo Filón de Alejandría, que el cuerpo humano fue creado por los ángeles; lo más probable es que perteneciera al docetismo combatido en las cartas de Ignacio de Antioquía (pp. 431-448). Saturnil y Basilides puede que sean —afirma Pétremont— los dos primeros gnósticos propiamente dichos, o al menos, los dos primeros que se conocen con precisión y certeza, y no se ve claro por qué no puedan ser discípulos de Menandro, al contrario de lo que afirma Ireneo (pp. 449-473), pues sus coincidencias y analogías con él son abundantes. Lo mismo habría que decir de Carpócrates y Valentín respecto de Basilides (pp. 475-527).

Por el carácter doctrinal de los escritos gnósticos hallados en Nag Hammadi —como las *Cinco revelaciones de Set*, por ejemplo—, se puede deducir que no son anteriores a la segunda mitad del siglo II, ya que una lectura atenta de dichos escritos hace pensar en especulaciones características de los primeros autores valentinianos (pp. 529-579). Tampoco se ve claro que los escritos llamados no-cristianos de Hag Hammadi —y que son llamados «no-cristianos» hipotéticamente—, lo sean realmente, pues en ellos encontramos figuras divinas (tales como: Logos, Adam, Salvador, etc.), que hacen referencia a Cristo, como lo dan a entender otras obras, cuya doctrina es paralela a esos escritos «no cristianos».

Estas son algunas de las conclusiones a las que llega Simone Pétremont en su libro. Es verdad que sus múltiples resultados plantean innumerables interrogantes a los investigadores modernos. Ella misma se da cuenta de esta dificultad: «On me dira qu'il y a beaucoup d'hypothèses dans cette étude, et c'est vrai» (p. 662). Podría pensarse, después de la lectura atenta de esta obra, si no se multiplican innecesariamente las hipótesis sobre el origen del gnosticismo. Pensamos que no; toda investigación científica, que lo quiere ser verdaderamente, debe partir de ellas. Y más, cuando se trata de estudiar un problema tan complejo y oscuro como es el gnosticismo.

En resumen, pensamos que el libro de la Profesora Pétremont puede señalar un vastísimo horizonte donde los investigadores de la literatura paleocristiana pueden adentrarse sin miedo a la escasez de datos o a la angostura temática. Sin embargo, habrá de cuidarse muy mucho no confundir las meras hipótesis en resultados definitivos, como algunas páginas del presente libro pudieran dar a entender, aunque la Autora se esfuerza en repetir, encomiablemente, por cierto: «Je crois que quelques-unes au moins de mes hypothèses pouvant être utiles à ceux que veulent comprendre» (p. 662).

En este tipo de trabajos, se corre el peligro de la inestabilidad en el campo científico: por defender a unos, se ataca a otros; por esclare-

cer un tema, se entenebrecen otros asuntos; etc. Esto es lo que sucede en algunas de las presentes páginas. Así, por ejemplo, con el objetivo de hacer ver que, dentro del «corpus paulinum», sólo las cartas a los Corintios parecen combatir una actitud próxima al gnosticismo, se da como seguro que las Pastorales fueron redactadas después de la muerte de San Pablo, «sans doute vers la fin du I^{er} siècle ou le début du second» (p. 343). De igual manera se afirma que la *Carta a Tito* es apócrifa (p. 351). Y algunos ejemplos más, cuya reseña evitamos en aras de la brevedad.

El presente libro es sugerente al máximo para todos aquellos que estén interesados en la literatura del gnosticismo. La documentación de Simone Pétremont es vastísima y muy actualizada. Pensamos que trabajos como el presente, son los que hacen avanzar la investigación, aunque no compartamos algunas de sus hipótesis y algunos aspectos de su metodología. En este sentido, se le podrían hacer algunas preguntas de carácter general a la Autora. Por ejemplo, ¿por qué se recurre a los escritos de los Santos Padres para apoyar algunas de las hipótesis que se sostienen, y se rechazan otras afirmaciones de los mismos, cuando parecen disonar de dichas hipótesis? ¿Es verdaderamente correcto, desde el punto de vista científico, retrasar la fecha de composición de algunos libros neotestamentarios, paulinos y joánicos fundamentalmente, para así enlazarlos mejor con los escritos gnósticos, supuestamente cristianos? Estos y otros interrogantes son los que dan pie a pensar que se necesitan nuevas investigaciones, como la realizada por la antigua directora de la Biblioteca Nacional de París, para que podamos asentar en su sitio y de forma definitiva las raíces genuinas de ese sistema filosófico-religioso que se desarrolló durante los primeros siglos cristianos y que es conocido bajo el nombre de gnosticismo.

Finalmente, el volumen termina con un detallado índice de autores modernos, otro temático, completo y bien elaborado, y un repertorio de las materias estudiadas.

Marcelo MERINO

Michael TARDIEU, *Écrits Gnostiques. Codex de Berlin*, Paris, Cerf («Sources Gnostiques et Manichéennes», 1), 1984, 518 pp., 12,5 x 19,5.

Presentamos en las siguientes líneas la primera traducción francesa del célebre papiro copto de Berlin (P. Berolinensis 8502), catalogado por W. Beltz como I 602, y una de las principales fuentes, junto a otras colecciones conservadas en el Cairo, Londres y Oxford, para conocer el movimiento filosófico-religioso que tuvo lugar en los primeros siglos cristianos, y que es denominado con el nombre de gnosticismo. Este volumen, entre otras características que señalaremos más